

## El bar de la esquina

Por segunda vez en poco más de un año, han cerrado el bar de la esquina, el único que había cerca de mi casa. Los días no laborables, a primera hora de la mañana, yo solía tomar en él un café con churros mientras leía por encima uno de los periódicos de la casa, y algunas tardes de domingo, casi siempre después del balonmano, iba a él a ver el fútbol que ponían en uno de los canales de pago, porque en ese bar siempre contrataban el partido de mi equipo, que es el equipo del hombre que era arrendatario del local, y porque los pocos telespectadores que se juntaban eran aficionados apacibles, casi de butaca de cine, seguidores nada forofos que llevaban con cristiana resignación los errores de los árbitros, quizá bajo la benéfica influencia de la vecina capilla de los salesianos.

Mi barrio tiene muchas casas vacías y mucha gente mayor, y los vecinos que medio podían levantar un poco este tipo de negocios son de esos seres sanos que se estilan hoy, de mucha tele y mucho paseo largo por los caminos de las afueras, que no quieren excesos ni de alcohol ni de colesterol ni de fútbol ni de nada que acabe en *ol*, seres caseritos que cuando salen es para tomar cervezas con los amigos en el chalecito que muchos de ellos tienen a pocos kilómetros del pueblo.

Antes, ya hace mucho tiempo, había en el barrio cinco o seis tabernas, una de ellas de mi abuelo. Recordándolo, recuerdo también el sacrificio de quienes tienen abierto al público un establecimiento de este tipo: mi abuelo Miguel, que hasta que se casó y puso la taberna había sido matancero y jornalero en la sierra, no cerraba más que para ir a los entierros, el día de la matanza y el día que llevaba a la familia a coger las aceitunas del verdeo. Hoy, que muchos no trabajan por la tarde, ni los sábados, ni los domingos, que tienen vacaciones de un mes y puentes y si caen enfermos tienen su baja y siguen cobrando, hoy también hay titulares de establecimientos como los bares que trabajan por la mañana, por la tarde y por la noche, los sábados y los

domingos, que no tienen vacaciones, ni puentes, y tienen que estar medio muriéndose para que dejen de ir a trabajar, porque si no van a trabajar no cobran.

Dicen que la gente joven no quiere coger la titularidad de un bar ni a tiros. Los titulares de un bar se quejan de que los hijos que les ayudan exigen horario de oficina, de que quieren tener libres los días y las horas que tienen libres sus amigos y que eso es imposible, porque cuando están libres sus amigos es cuando están libres todos los ciudadanos, y es entonces cuando se consume. A mí me cuesta menos trabajo ponerme en el lugar del hijo que en el del padre: si mi padre hubiera seguido con la profesión de mi abuelo y yo con la de mi padre, no podría estar escribiendo estas naderías que escribo ahora, por ejemplo. Estaría en el bar sirviendo cafés a gentes que necesitan airearse un poco o hablando de fútbol con algún parroquiano amigo, o, también pudiera ser, aguantando las locas carreras de los hijos pequeños de una pareja joven o las salivosas impertinencias de un borracho.

Lo cierto es que recién levantado no tengo cuerpo para irme a bares lejanos. Ahora que tendré que desayunar en mi casa, que siento que he perdido calidad de vida –ese valor tan en alza–, pienso que los bares no rentables deberían estar subvencionados.

Juan Bosco Castilla